

# Del ideal del yo y de la transferencia<sup>1</sup>

Jorge R. Aragonés

## Resumen

*En este trabajo el narcisismo es considerado una teoría que describe una matriz indiferenciada que da origen al sujeto y al objeto --y en la resolución de su dialéctica-- a las distintas formas de organización del psiquismo.*

*El punto de partida es la frase de Freud "en un comienzo el yo lo incluye todo, luego desprende de sí un mundo exterior". El artículo describe, a partir de aquí, al ideal del yo como columna central del periodo narcisístico, sus múltiples funciones, su papel protagónico en el desprendimiento del yo objeto autoerótico hasta ceder finalmente su lugar al superyo. En el camino sus desvíos constituirán la patología neurótica (represión) o la patología narcisista (la escisión).*

*Se afirma que son los fracasos frente a las expectativas del ideal del yo las que suelen conducir al paciente al tratamiento. Pensar al terapeuta en el lugar del ideal del yo en la transferencia, retoma un sitio demasiado olvidado que se inscribe en el centro del narcisismo y que por su papel protagónico durante el desarrollo tiene la posibilidad de encauzar tanto la libido objetal como la libido narcisista (transferencia narcisística).*

## 1. La perfección narcisista

Dice **Freud** que "es amado aquello que posee la perfección que le falta al yo para llegar al ideal" y que "este ideal, proyectado ante sí, es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él mismo su ideal", (**Freud**, 1914).

El yo de la perfección, el yo narcisístico, es el yo de la completud, de su majestad el bebé. El yo consustanciado, con el otro o con los otros, es el yo engendrado por la madre que se ofrece como mundo y como parte del bebé. No existe aquí una realidad fuera del yo, sino una realidad única que no se desea perder. La (otra) realidad hará su aparición como desintrincamiento de esa consustanciación, en que el objeto emerge de esa unidad dual.

**Freud** establece, a partir de aquí, una relación dinámica entre el yo de la perfección y el ideal: cuando la perfección se pierde se recrea en el ideal.

El "yo que lo incluye todo"<sup>2</sup>, el yo de la perfección, es un yo sostenido por los otros (la madre) que se ofrece como mundo y como parte del bebé. Es el capital que da la bienvenida al bebé, un caudal insustituible, esencial, que el yo tendrá que administrar durante todo el desarrollo psicosexual. Y el resto de su vida. Es la ofrenda-captura con que la especie aguarda al niño para colmar su yo virtual con la completud de otros yoes. El yo es los otros: el yo es todo pero no tiene nada. El narcisismo, se mueve entre el todo y la nada. Esta perfección no es a la que se llega, sino de la que se parte, por lo que es una perfección condenada a ser perdida y añorada. Es la perfección del 0, que al primer movimiento mostrará su inconsistencia, su vulnerabilidad, sus imperfecciones. Hominización estructuralmente desequilibrada que, por medio del ideal, el yo intentará siempre equilibrar.

El ideal es la perfección en movimiento. Al ideal le corresponderá, por consiguiente, la tarea de restaurar las primeras y las sucesivas heridas de ese yo narcisista, recomponer la realidad perdida y orientarlo hacia nuevas realidades.

"Aquello que proyecta ante sí como ideal, es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él mismo su propio ideal". (**Freud**, 1914, Cap 3º)

El ideal, es la libido narcisista en movimiento, que despliega todos sus "tropos"<sup>3</sup> para intentar reconstruir el narcisismo amenazado.

"El narcisismo aparece trasladado sobre este nuevo yo ideal, el cual como el infantil, se encuentra en posesión de todas las valiosas perfecciones".

El concepto de omnipotencia de **Ferenczi** (1913) precede en poco tiempo al del ideal.

Para **Ferenczi** (*Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad*) el bebé, con ayuda de la madre "en la imaginación y en los hechos", realiza este ideal de un ser obediente sólo al placer como una continuidad con el estado intrauterino. Éstos son los periodos del desarrollo del sentido de la realidad: omnipotencia incondicional, mágico alucinatoria, de auxilio de gestos, de pensamiento y palabra, que pueden detenerse, dando origen a formaciones pato-

lógicas en el encuentro con la realidad. Estos aportes fueron muy originales y sugerentes, y fueron resueltos desde la óptica de *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico* (**Freud**, 1911). En **Ferenczi**: “el sentido de realidad se halla representado por una sucesión de represiones (...) a través de adaptaciones y renunciaciones inevitables (...) en una trasmutación del yo-placer al yo-realidad”, (1911 pág. 229, vol. XII).

En 1914, **Freud** incorpora una nueva idea a las bases teóricas que sustentaron la descripción de **Ferenczi**. El concepto de perfección, desarrollado en el narcisismo, le da un nuevo giro al concepto de omnipotencia formulado por **Ferenczi**. En *Introducción del narcisismo*, **Freud** cuestiona la hipótesis sustentada por él mismo en *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico* de un yo pulsional y de una realidad configurada por objetos (de la descarga) y en donde el sentido de realidad solamente se establece por el desarrollo de la capacidad de espera, los rodeos de la pulsión, el pasaje de la identidad de percepción a la identidad de pensamiento, etc. **Freud** remodela esa noción de yo, esa noción de objeto, y esa noción de realidad.

La noción de perfección introduce la de completud, la de libido narcisista, y se complementa con una dinámica que le es propia. La perfección se crea y se recrea: la libido narcisista del yo de la perfección es una fuerza del desarrollo, <sup>4</sup> que se renueva, que se metamorfosea, que se duplica, que interviene en la formación de las estructuras normales y patológicas, que crea dobles, como el doble inmortal y el doble ideal (como veremos más adelante). La omnipotencia, en cambio, no interviene en el desarrollo, sino sólo para ser abandonada en el encuentro con la realidad.

## 2. El ideal del yo

Las escenas que representaban el desarrollo de la teoría psicoanalítica experimentaron un gran cambio con la introducción del narcisismo. Utilizando una metáfora: el autor de la obra, en la mitad de la representación, se vio en la complicadísima tarea de transformar los personajes y el argumento sin que los espectadores lo percibieran. La obra continuó, como si los nuevos personajes introducidos se justificaran dentro del desarrollo que les precedía. Los actores, que representaban la dualidad de las pulsiones, hicieron malabares para cambiar sus vestiduras por los de la libido del yo y los de la libido de objeto. Un actor, que representaba la libido narcisista, acaparó momentáneamente la escena, para sor-

presa de todos, pero no llegó a saberse si ése era uno de los actores que, representando el papel de las pulsiones, se había cambiado el atuendo.

La obra, que se escenificaba en cuadros simultáneos, mostraba una incoherencia que no parecía sorprender al espectador. En un ángulo se representaba el origen del hombre a partir de un niño perverso polimorfo; en otro cuadro el origen era a partir de un niño maravilloso en un Belén.

En 1914, en *Introducción del narcisismo*, **Freud** ya se había dado cuenta de que la vivencia de satisfacción, como base explicativa del pasaje de la identidad de percepción a la identidad de pensamiento apoyada en una teoría pulsional y en *Los dos principios del suceder psíquico*, era tan válida para el estadio humano como para el estadio animal. Se dio cuenta de que pretender explicar la hominización del hombre (como se continuó explicando) apoyándose en la distinción entre instinto y pulsión (y de allí a una teoría del deseo y del sujeto), sustentada en las mismas experiencias de satisfacción (que disfruta, por ejemplo, un mandril), nos dejaban, como al principio, en la puerta misma de la salida de la naturaleza.

Estas respuestas encontradas en un principio por **Freud** no dieron ni dan ninguna solución a todos los interrogantes: la capacidad de desear humana, comprendida como derivado de las vicisitudes de la experiencia de satisfacción, no nos diferencia, por sí misma, del mandril; la represión, entendida como prohibición (que nos impone el principio de realidad) no nos brinda un modelo diferente del que podríamos aplicar en el caso de la domesticación de un mandril; la vivencia de satisfacción, válida tanto para el hombre como para el mandril, no da respuesta al origen del objeto y, correlativamente, del sujeto.

Estas explicaciones sólo se podrían sostener si consideráramos que el niño, al nacer, ya es hombre y que ya está suficientemente equipado para ser hombre. Es decir, que vendría dotado de la capacidad de desear a partir de una vivencia de satisfacción (aquello que, entre otras cosas, queremos explicar). Esta tesis se comprobó falsa.

El hombre nace en la naturaleza insuficientemente dotado para encontrarse con el principio de realidad y para arribar a la identidad de pensamiento si la especie no lo está aguardando y le proporciona lo insustituible (Spitz, 1946,1957): aquello que **Freud** denominó libido narcisista. El hombre nace a la naturaleza y luego nace a la especie humana, porque hay una madre que lo atrapa y le provee de algo que no trae su yo virtual: el yo narcisista de la madre que completa el yo virtual del bebé. De los

nacimientos del hombre, la hominización, el primero, la captación y separación de la naturaleza, lo provee la función madre; el segundo, el de la realidad de la castración, le corresponde a la función padre.

### 3. El Belén

A partir del surgimiento del hombre hominizado, en todo tiempo y en todo lugar, la especie, de alguna manera, espera al bebé con un Belén. Lo aguardan una madre, un padre, familiares, un nombre, una herencia. La especie sella aquí un pacto de incondicionalidad, de filiación para siempre. Hijos y padres son posesiones para siempre.

Lo que aquí denomino *pactos de incondicionalidad, sincretismo o posesiones* lo entiendo, psicoanalíticamente, como formaciones y transformaciones del vínculo narcisista. La libido sexual tiene su origen en los instintos sexuales; la libido narcisista en la intersujeción (de sujetar y de sujeto) del yo con los otros, base de una intersubjetividad naciente, un producto creado por el hombre para el hombre, intransferible a otras especies, e insustituible para entender el proceso de desarrollo de la psiquis.

Sólo el mito nos puede representar el momento en que la madre toma al hijo como parte indivisible de sí misma, y el hijo toma a la madre como parte indivisible de él. Paso previo -imprescindible- al desprendimiento y nacimiento del objeto. Para el narcisismo, no hay sujeto, ni mundo objetal. Para que exista sujeto tiene que haberse creado una relación previa de propio sujetamiento y de intercambios del uno con el otro. El hijo para siempre le dará al niño un anclaje que le permitirá, al desprenderse, tener un lugar (simbólico) que lo separará de su destino natural y lo enrolará dentro de la especie.

Despojado de su destino natural, comienza por ser todo lo que no es, es todo lo que son los otros. Es un vacío colmado, que lo reubica como propietario de un cuantioso capital hipotecado, del que tendrá que ir haciéndose cargo. Tiene un contrato que sólo hacen los hombres a los de su propia especie y que está en el origen que lo distingue: la posesividad que engendra el poder y condiciona la libertad. El poder de hacer del otro parte de uno mismo, u ofrecerse como parte del otro, u otorgarle la libertad o asumirla. El poder que aprenderá el niño a ejercer y a obedecer. La madre le transmitirá que es su esclava, que está dispuesta a dar su vida por él. Pero el niño debe hacer, a su vez, lo que se espera de él: enrolarse en la especie. Esta dialéctica del amo y el esclavo es parte del pacto de incondicionalidad y está

sostenida por el vínculo narcisístico. Capital-hipoteca que el niño recibe al nacer: un contrato que suscribe el niño con su propio yo.

“His Majesty the Baby, como una vez nos creímos, debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo, que la fuerza de la realidad ase- dia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo revivido de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza”, (**Freud**, 1914, vol. 14).

La perfección narcisista se puede cuantificar como el capital adjudicado al bebé y cuyos garantes son sus padres. Se trata de un capital virtual porque el bebé es todo pero no tiene nada. Su perfección es su propia imperfección, su vulnerabilidad. **Freud** establece una diferencia entre el ser y el tener y, entre ambos, un extenso recorrido en que un capital virtual (el yo lo incluye todo, la perfección, la narcisización) se transforma en un capital real (la tenencia del objeto, la simbolización, la sublimación).

La polaridad ser y tener se continúa con la polaridad sujeto-objeto y todo-nada. Se trata de una reconversión, de una transmutación o de una transustanciación: el pasaje de yo soy el pecho a yo tengo el pecho. El *yo tengo* cuantifica un haber de un *yo soy* grandioso que no tenía nada. Este proceso de reconversión es cuidadosamente programado y llevado a cabo por los padres. Se cede el yo soy a cambio de mundo exterior. No por casualidad, **Freud** ordena las fases del desarrollo psicosexual después de incorporar la libido narcisista a sus esquemas teóricos. Las fases ordenan dicha programación.

Entre el yo soy el pecho y el yo tengo el pecho se crea una superficie o, mejor dicho, dos superficies: la del yo y la del otro (el objeto). Cuando el bebé, en el chupeteo, reconoce sus labios diferentes al pezón (de la madre) o descubre que la superficie de la mano de ésta indica que la continuidad se ha interrumpido es que ha empezado a formarse la piel, la superficie del yo. Y: “El yo es antes que nada un yo corporal; no era sólo una entidad superficial, sino la proyección de esa superficie” (**Freud**, 1923).

El yo emerge de la fusión delineando sus contornos corporales. La falta de imagen en el espejo de la fusión es reemplazada, paso a paso, por la opacidad de las superficies creadas por los desprendimientos. El yo va tomando forma a la manera de la superficie



creada por la emergencia de un cuerpo desde otro cuerpo. El yo (el yo del tener, el yo estructural) es una entidad originaria de una superficie y de las zonas de desprendimiento del desarrollo psicosexual de un cuerpo. Que el yo narcisista inicial es transparente o ilimitado o indiferenciado es una hipótesis para interpretar el periodo en que el bebé no parece reconocerse en el espejo (observaciones de **H. Wallon**, 1942). La falta de imagen del bebé ante el espejo en brazos de la madre, ocurre porque éste aún no se ha diferenciado, su piel se confunde con la de su madre, no tiene piel propia. Al no haber límites, tampoco hay forma: no existe piel. Los pasos dados en la constitución del yo y sus falsos ensamblajes son los que se desnudan en las regresiones. La pérdida o fragmentación de los límites del yo regresivamente los encontramos en la esquizofrenia. Y si digo regresivamente es para señalar que dicha pérdida de límites proviene de un antes, de un yo que no resolvió una indiferenciación, que quedó abierto por las falsas suturas que se hacen presentes en las desestructuraciones: el pensamiento mágico, la percepción delirante, el pensamiento sonoro, el pensamiento o los actos dirigidos etc., son formas distintas de vinculación de un yo sin piel. El espejo, en la esquizofrenia, es también testigo de los desgarros, de la pérdida de límites y las suturas del yo y los otros.

Entre el ser y el tener, entre la perfección y la nada, **Freud** enlaza nuevos conceptos que iremos retomando: el ideal del yo, el ideal, la idealización. Originalmente, los padres aportan este caudal y es lo que nos permite transitar el abismo entre el ser y el tener. El ideal, es la perfección en movimiento, que enlaza ambas orillas y circula entre los padres (el padre o la madre en cuanto no diferenciados sexualmente; **Freud** 1923) y el niño. **Freud** establece un puente entre el niño maravilloso que has sido y la aspiración de recuperar lo perdido. El ideal moviliza el capital e introduce el concepto de valor: es menos que, es más que, es tanto como. El ideal conjura el terror de ser abandonado por la especie, habiendo ya perdido sus disposiciones naturales y no teniendo nada propio.

Ser el ideal no sólo responde a las expectativas de los padres; es un imperativo: eres y debes. El ideal atesora al niño. El niño, queda esclavo de un capital sobre el que siempre tendrá que rendir cuenta y que el ideal siempre examinará su haber, amenazándolo con restituirlo a su estado virtual.

Ser el ideal proviene del anhelo de perfección del niño y la perfección de la completud. Ésta, la completud, tendrá que irse perdiendo en las sucesivas fases del desarrollo psicosexual que culminarán con

las pérdidas edípicas. El ideal irá renovándose, adoptando tantas formas como las organizaciones de las sucesivas fases lo permitan.

Los padres, mandantes de la especie, esperan y exigen en cada etapa que el niño se consustancie con el ideal que ellos mismos aspiran. La consustanciación del yo del niño con el ideal paterno es la identificación que **Freud** reserva para este proceso: la denomina identificación primaria. La identificación primaria implica, en este periodo, dejar de ser él mismo su ideal, dejar de serlo en cada fase del desarrollo (los padres ya no ven en él, un ser maravilloso), y asumir el ideal de los padres (renunciar a ser el niño maravilloso que había sido). Ser ahora él, el niño cuestionado, y ser él el que cuestione su propia completud (dejar el chupete, etc.). El paradigma del coloniaje está en nuestra misma forma de constituirnos.

La especie ha establecido una cabecera de puente de yo colaboracionista: el ideal del yo. Una instancia segregada del resto, consustanciada con el ideal de los padres, que cuestiona al niño maravilloso y su completud, ha de dejar de ser el que era y debe contentarse con asumir, tener parte de lo que antes era.

Entre el ideal de los padres y la parte del yo consustanciada con el ideal (el ideal del yo), se ha desarrollado una fuerte organización que tendrá por fin que crear algo nuevo que responda a las demandas del ideal a expensas de aniquilar al yo narcisista. Esta organización, no actuará por la vía simple de la prohibición, sino por la asunción del yo (del ideal del yo) de los ideales del otro. El nuevo producto resultante, el nuevo yo que nace diferenciado del yo narcisista, por su carácter de doble del yo y por estructurarse alrededor del ideal del yo, lo denomino: *doble ideal* (**Aragón R, J.**, 1978). El doble ideal es la parte escindida del yo narcisista que se irá conformando para dar origen al yo, al superyo y al ello.

Así como hubo un primer tiempo en que la madre (o los padres) sujetó al crío en la relación del ser, se iniciará un segundo tiempo en que el nuevo dispositivo creado entre el ideal (de los padres) y el ideal del yo (instancia) llevarán a cabo el pasaje de la relación del ser a la relación del tener. **Freud** plantea, a partir del yo narcisista, el desarrollo de lo que luego denominará las estructuras de aparato psíquico.

“El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento del narcisismo primario que engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde afuera; la satisfacción se obtiene por el cumplimiento de este ideal”, (**Freud** 1914, vol. 14, pág. 96).

He aquí un dispositivo, formado por varias piezas que interjuegan entre sí, encadenadas unas a las otras, que intercambian contenidos cuya finalidad es la transmutación de la matriz del yo narcisista, en el yo de las estructuras. Su fin es lograr que el yo se desprenda de los objetos de su amor autoerótico (castración), agrupar al yo que se ha escindido del yo narcisista (formación del doble ideal) y dar origen a la nueva estructuración que se consolidará con el naufragio de los últimos baluartes del autoerotismo: los objetos edípicos (formación del superyo).

El yo primitivo, que había sido captado cuando se le ofreció ser todo, tiene que aceptar ir perdiendo todo: prueba de iniciación, vía crucis que debe asumir para ser aceptado por la comunidad humana. El niño será heredero siempre y cuando adquiera lo perdido. Resulta apropiada la cita de **Goethe** que suele repetir **Freud**: “Aquello que has heredado de tus padres, adquiérelolo para que sea tuyo”.

Sobre el yo narcisístico que constituye la matriz inciden las aspiraciones de la especie (la cultura), actuando como intermediarios el ideal (los padres) a través del ideal del yo (instancia). He aquí un complejo dispositivo interactuante que se establece a través de las relaciones del ser

### 3.1. La cultura

La cultura es la inductora de todo el proceso. Pero, desde el ángulo en que hemos hecho la descripción, puede ser considerada, a su vez, como el producto final de las transmutaciones de la perfección del ser narcisista desplegadas en el mundo exterior. Es el mundo exterior que, estructurado simbólicamente, conservará un remanente de la libido narcisista que recanalizará a través de sus mandantes (en una relación del ser), como el ideal (los padres). La cultura ofrece al niño el Belén para luego quitárselo. De aquí parte lo que luego será para el individuo la autoobservación, el sentimiento de sí, la autoestima, la conciencia moral, la represión y los ideales.

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió, en efecto, de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública) (**Freud**, 1914).

### 3.2. El ideal (el modelo)

Se conforma cuando el yo de la perfección es cuestionado y desplaza la libido narcisista a un ideal impuesto desde fuera (los padres como representantes de la cultura). Es necesario distinguir aquí la formación del ideal (los padres) por desplazamiento de la libido del niño a un otro -cuando aquél es cuestionado en sus imperfecciones- de la formación del ideal del yo (instancia del yo), cuando se produce la identificación de una parte del yo con el modelo investido por ese desplazamiento. **Freud** habla de la formación del ideal en el varón mediante la identificación con el padre, pero nada hace pensar que este mecanismo no sea extensivo a la madre.

El varoncito manifiesta particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal, (**Freud**, 1921).

Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras éste se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal, (**Freud**, 1923).

En el periodo que estamos describiendo, que el ideal sea sólo el padre es replanteado en *El yo y el ello*. En el tiempo preedípico, antes de la diferenciación sexual, tanto la madre como el padre pueden representar la completud, ambos pueden ocupar el lugar del ideal.

Una aclaratoria nota a pie de página dice lo siguiente: “Quizá sería más prudente decir ‘con los progenitores’, pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene”, (**Freud**, 1923, nota al pie, pág. 33).

El ideal (los padres) es un modelo investido por dos fuentes: encarna los valores alcanzados por la humanidad que, asumidos por los padres proyectarán en sus hijos; por el lado del niño, el ideal es modelo renovado de completud por desplazamiento en el padre de la perfección narcisista perdida.

El ideal (los padres) desde esa posición, primero da, hace al niño maravilloso; luego quita al hacerlo pasar por las fases (destete, control de esfínteres, etc.). Da, quita, y se ofrece al mismo tiempo como modelo que acompaña.

El dar, quitar y ofrecerse como ideal condiciona la evolución del yo. El no dar impide la evolución del yo (hospitalismo, enfermedades graves, muerte, depresiones, etc.); el sólo dar hace del yo un yo ideal (**Lagache, D.**, 1958, **Masud Khan**, 1979). Se perpetúa el yo narcisista. El quitar es parte ineludible de la evolución, siempre y cuando los padres se

ofrezcan como modelos que ayudan a la trasmudación del proceso.

El sólo quitar es prohibición, proceso que está más cerca de la domesticación. La posibilidad que tiene el niño de consustanciarse con el modelo es lo que transforma la prohibición en proceso evolutivo. La sola prohibición, sin el acompañamiento del ideal que da, que quita, y que se ofrece como modelo (del destete, del control de los esfínteres, de la amenaza de castración) produce escisiones prematuras del yo (renegaciones) y trastornos de la realidad (los agujeros de **Tustin**<sup>5</sup>, 1977). El ideal, con su contraparte el ideal del yo (instancia) del niño, forman un tándem que es la condición de la represión, de la represión que antecede a la represión del superyo.

El ideal (los padres) tiene que ofrecerse para luego desvanecerse. Si el ideal, como modelo, se perpetúa impide al ideal del yo (instancia) del niño asumirse él sólo como mediador entre los logros de la especie (los valores, los ideales) y el yo. Cuando esto no ocurre, y se perpetúan los padres como ideal, no se desarrolla el ideal del yo (instancia) del niño, quedando confundido y extrapolado el ideal del yo con el ideal de los padres. No se ha cerrado el yo, el yo no adquiere límites, el ideal del yo se ha fundido al modelo.

El papel del ideal (los padres) como modelo es esencial para la evolución del yo y, en general, para el aprendizaje. Es el destinatario natural de la siempre dispuesta libido narcisista (y libido homosexual). El posicionamiento en el lugar del ideal da lugar a tantos y tan variados hechos como posibiliten sus funciones.

En su función de observador, el ideal señala las imperfecciones ayudando a discriminarlas o, en su aspecto negativo, exagera las críticas e inhibe el aprendizaje. En su función de reconocer la realidad, ayuda a testearla o bien, apoderándose de la visión del otro, niega o transforma la realidad (el hipnotismo no es más que uno de los posibles ejemplos); al designar la realidad, el ideal se erige como modelo que legaliza lo que instituye, pero al ser él la ley, legaliza también la perversión (el ideal que preside, por ejemplo, las mafias, las guerras o los crímenes rituales). La proyección de un ideal en un otro que la convoca puede organizar un conjunto (un grupo). Este conjunto puede quedar expuesto a que el líder, como cabeza de una masa, la conduzca a fines sublimados o a su propia destrucción (líderes políticos, religiosos, gurús...); el ideal, como modelo que se ofrece, puede ayudar a recuperar la autoestima, función que puede derivar en un paternalismo donde la autoestima termine dependiendo sólo del ideal.

El ideal debe dejar su lugar al ideal del yo (instancia) para que el sentimiento de sí, la autoobservación, la autoestima, el sentido de realidad, se instaura y no sea definido desde el exterior. El ideal que no cede su lugar a la consolidación del ideal del yo (instancia) impide que se desarrollen el superyo y el yo, dando lugar a una variada patología: por un lado, las personalidades sincréticas descritas por **J. Bleger** (1961, 1967), por el otro extremo, las estructuras paranoicas y paranoides.

El ideal, por su proximidad con el ideal sexual, convoca la libido erótica y lo posiciona como objeto sexual, con todas las derivaciones de la transferencia erótica.

La idealización -ese enlace entre el yo narcisista y el otro ideal como modelo- parece ser el elemento esencial para la evolución del yo. Su papel estructurante se desarrolla durante el tiempo narcisista, pero a su término, una vez formadas ya las estructuras (superyo, yo, ello), mantendrá siempre un polo evolutivo abierto durante toda la vida del individuo. El ideal como ideal (idealización del modelo) o como ideal sexual (enamoramamiento) mantiene siempre abierta la relación del ser, de consustanciación con el otro, dando lugar a la posibilidad de renovación de todas sus funciones (autoobservación, sentimiento de sí, autoestima, perversión, etc.).

### 3.3. El ideal del yo (instancia)

Es la otra parte del tándem, la parte del yo narcisista diferenciada que se consustancia con el ideal. Es lo que **Freud** denomina la identificación primera con el padre de la prehistoria personal (con los padres del tiempo de la amnesia, del tiempo preedíptico). Identificación primaria, que “no parece (ser) el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa, inmediata (no mediada), y más temprana que cualquier investidura de objeto”, (**Freud**, 1923). **Freud**, con anterioridad, ya había establecido la esencia de esta identificación: “Es fácil establecer en una fórmula el distingo entre una identificación de este tipo con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él. En el primer caso, el padre es lo que uno querría ser; en el segundo, lo que uno querría tener”, (**Freud** 1921).

“La evolución del yo consiste en un distanciamiento del narcisismo primario”. El ideal del yo mide, compara al yo narcisista con el ideal. El ideal (los padres), como modelo enraizado en la civilización, desnuda las imperfecciones del yo narcisista en la comparación, a la vez que le retira al niño, paso a paso, todo aquello con lo que los padres lo



completaban (el pecho, las piernas, madre-toilette, etc.). El ideal del yo, que es parte del yo, resume la completud que se pierde, haciéndose uno con el ideal (yo no soy imperfecto, soy papá).

Se irá creando una organización dentro del yo, en tándem con el ideal, que le permitirá ser lo que no es para dejar de ser el todo, que no tiene nada. El proceso queda encuadrado en lo que **Freud** denomina represión (primaria) y sublimación. Lo ha expuesto en *Introducción del narcisismo* (**Freud**, 1914):

“Según tenemos averiguado, la formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión”, (pág. 92).

Represión y sublimación, pasaje del ser al tener que acontece durante el periodo preedípico. Momentos sumamente complejos de abarcar en una descripción en donde el yo se va desprendiendo de los objetos autoeróticos dejando en el camino fijaciones, al mismo tiempo que el yo narcisista se va mudando a una nueva organización centrada en el ideal del yo, que aquí he denominado el doble ideal. Mudanza que ha pasado por todas las fases, y que culmina con la pérdida entrecruzada de los que fueron, hasta este momento, los ideales: el padre y la madre. Con la pérdida de los objetos edípicos se han completado el pasaje por las pérdidas del tiempo narcisístico.

### 3.4. El ideal del yo y el superyo

Habiendo llegado a este punto en la descripción del ideal del yo, quisiera establecer las diferencias con el superyo, no por sus supuestas cualidades, sino por sus distintivas estructuras. Al ser estructuras distintas, sus funciones son diferentes.

La dupla --el ideal (los padres) y el ideal del yo (instancia)-- cierra el tiempo represivo narcisístico al provocar el desenlace del complejo de Edipo (es decir, el abandono de los objetos incestuosos) y dar lugar a la formación del superyo. Son estructuras muy diferentes por su origen, por su composición, por su evolución, por su papel en la represión, por su relación con la libido y por sus funciones.

El ideal del yo tiene su origen en una parte diferenciada del yo narcisístico que se consustancia (lo hace suyo) al ideal (los padres). Los padres son los que dan y quitan, desposeyendo al niño, en el desarrollo de las fases de su completud. De ahí que el ideal del yo reprima, haciéndose uno con los fines del ideal (los padres): observa, critica, regula la autoestima (o desestima), y el sentimiento de sí

(o de extrañamiento de sí). El yo narcisístico, que nunca fue autónomo, queda dependiendo de la visión del ideal del yo. Y éste a su vez queda dependiendo de la dialéctica y del posicionamiento del ideal (los padres). El ideal del yo puede quedar como una simple extensión del ideal (los padres) o diferenciarse como una instancia autónoma.

En cada fase, los padres se desprenden en parte del niño maravilloso, hecho que le desnuda sus imperfecciones (no eres el pecho, ni la madre, eso es caca, etc.). El ideal del yo consustanciado con el ideal (los padres) avala, hace suyo estos cambios (desdoblamiento del yo; debes ser como papá o soy papá). El yo huérfano de pecho (heces, etc.) pasa a ser como..., y a formar parte de la jurisdicción del ideal del yo (el ideal del yo devuelve la autoestima, el sentimiento de sí).

Este proceso, que se ha producido escalonadamente durante las distintas fases, concluye cuando el ideal (los padres) pasa a representar también el ideal sexual (incestuoso). Este último intento de recuperar la completud por el niño (estructuración fálica, unión incestuosa, reformulación del autoerotismo) es rechazada por el ideal (los padres), prohibición que también hace suyo el ideal del yo (instancia). En la siguiente cita, **Freud** describe el interjuego entre el padre (los padres) como ideal y la madre (los padres) como ideal sexual (objeto autoerótico): “Así (como el padre) debes ser’, sino que comprende también la prohibición: ‘Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas”, (**Freud**, 1923).

La pérdida de los padres como objetos autoeróticos (incestuosos) trae, como consecuencia, la formación de identificaciones secundarias padre y madre, estructuradas como superyo. Al llegar al complejo de Edipo, los padres, como ideales, ordenan el abandono del objeto autoerótico (ellos mismos) como objetos incestuosos, con lo cual, los padres, cierran el capítulo de ser (ellos mismos) los que completan la completud. Como consecuencia de esta sucesiva desnarcisización de los padres, total o parcialmente, la libido narcisista se desplaza en busca de otros ideales.

Con la culminación del complejo de Edipo se ha cerrado el primer (y principal) circuito del pasaje del ser al tener (el siguiente será el de la adolescencia). El yo ha emergido de la realidad única de la completud, posicionándose en una realidad configurada con un mundo interno y un mundo externo, reordenando y resignificando lo acontecido. Con la culminación normal de este proceso, el ideal del yo (instancia) se ha diferenciado, independizado, y ha adquirido ver-

satilidad con respecto a los padres como ideales. No obstante, el ideal del yo conserva la esencia misma de lo que ha constituido el capital aportado por la perfección al niño maravilloso del yo narcisista, conservando la capacidad idealizadora de consustanciarse con un otro, disponible, ahora, para ejercerse en un vasto mundo.

Mientras el superyo tiene la función de sostener la organización ya creada (la identificación secundaria no es tema para tratar aquí), el ideal del yo se abre a la aprehensión del mundo, porque nunca perderá el mecanismo de las identificaciones primarias. Su particular posición, al estar en la frontera entre el adentro y el afuera, lo lleva a medir continuamente al yo con el ideal siempre renovable.

La evolución del yo, ahora abierta al mundo, se continúa con la comparación y consustanciación del ideal del yo con el ideal (ahora diversificado: maestros, líderes, ideologías etc.) constituyendo la base de toda trasmudación del yo y de todo aprendizaje (Cukier, J, 1990). La libido narcisista (ese capital inicial), en una segunda etapa, ya más libre de las ataduras de los padres de las fases, al idealizar a un otro, moviliza ese capital en una pasarela, siempre ininterrumpida, de comparaciones de sus imperfecciones, que resulta vital y esencial para el desarrollo humano, e imprescindible para psicoanalizarse.

El yo que idealiza, suele situarse frente al ideal de dos maneras diferentes: 1) Puede consustanciarse con el ideal con el fin de volver a ser él mismo su ideal (posición de tensión causada por el dolor de la herida narcisista creada por la comparación y por el deseo de ser o superar el modelo). 2) Con la idealización el yo puede también consagrarse al ideal, subsumirse como una parte, abandonarse, diluir las fronteras del yo en el otro, ser sólo una parte pequeña, no importándole compartirlo con tal de ser acogido, abandonando inclusive sus antiguos vínculos con tal de pertenecerle.

En el primer caso, el yo acepta ser cuestionado para recuperar la perfección; en el segundo, el ideal del yo (instancia) no se organiza, cede sus funciones al ideal (los padres). Vislumbramos a Eros y Tánatos en estos debates con el ideal (Aragonés, 1978).

La idealización, en cualquiera de sus formas, es un estado habitual al que el yo es atraído, debatiéndose en ser su propio ideal, sufriendo por su fracaso, subsumiéndose en un ideal o posicionándose como ideal. Son estas partes de las variadas motivaciones las que condicionan el comportamiento humano: el del hijo, el del padre (o madre), el del hermano, el del estudiante o el profesor, el del deportista, el sabio, el creyente, el sacerdote, el sectario, el gurú, la masa y su líder (o líderes) es, el seductor, el

amante, el paciente y el terapeuta. Y siempre es de suponer que el posicionarse en uno de estos comportamientos no excluye el deseo de estar en el lugar del otro.

Los lugares del ideal, activos o pasivos, aguardan siempre al individuo. El hijo y los padres, desde un comienzo lo ocupan. Son estos últimos los que tienen la tarea de manejar ese cuantioso caudal de libido narcisista. De qué manera administran ese caudal dependerá en gran parte el desarrollo futuro del hijo. Lo dificultad estriba en que no se puede brindar todo ese caudal ni retenerlo. Desde el lugar del ideal se puede acompañar, conducir, reprimir o sublimar, psicotizar o pervertir. Se puede seducir, hipnotizar, convocar a una masa, organizarla o conducirla a su destrucción. En pocos lugares como éste podemos entrever la presencia de Eros y Tánatos determinando las que constituirán las resoluciones o predisposiciones a las fijaciones narcisistas. El terapeuta, como ideal y como ideal sexual, se encuentra en el centro de este debate con la libido narcisista. Más aun, el mismo terapeuta irá creando las condiciones para que el paciente, que padece de sus imperfecciones, desplace en él su ideal, situación, que será un componente esencial de la transferencia.

### 3.5. El yo narcisista

La importancia que desempeña la filogenia en su origen no lo discutiremos aquí. Lo cierto es que contamos con la libidinización del niño maravilloso por parte de los padres. Es la completud que, al ser sostenida por otros, desnuda su absoluto desvalimiento, su inquietante imperfección. La permanencia en el ser es por tanto pura dependencia: la evolución es dejar de ser. La evolución se hace a partir de la pérdida del ser.

Es aquí, a partir del narcisismo, cuando Freud describe un modelo de aparato psíquico cercano a la biología, de intercambios e incorporación (proyección e introyección) de un adentro y un afuera, nuevos espacios que se crean con las mismas pérdidas, que podemos seguir paso a paso en las fases. El todo y nada del ser narcisista pasa de la virtualidad del ser (oral, anal, fálico) al tener de las identificaciones (orales, anales, fálicas) de la realidad única, a un adentro y a un afuera, a la formación de un mundo interno y de un mundo externo, que completa su estructuración con la culminación del Edipo. Es el tiempo en que el yo narcisístico se desvanece y se trasmuda a la nueva organización, originaria del ideal del yo que lo acoge, y que he denominado *dobles ideal*. Lo que permanece del yo narcisístico, lo





renegado, es lo que luego constituirá el doble inmortal, la base que dará sustento a la patología narcisística (Aragonés, 1975).

#### 4. De la transferencia

La transferencia ha sido siempre un tema específico del psicoanálisis y examinada desde múltiples ángulos por distintos autores. (Ver **Etchegoyen, H.**) Sin embargo, al no ser considerado el narcisismo por **Freud**, desde un comienzo, originario de todo enlace relacional, ha quedado un espacio para explorarla desde la perspectiva de la primera formación narcisística: el ideal del yo y la dialéctica que origina. Siendo el ideal del yo una formación preedípica, postedípica y que contribuye a la resolución del complejo de Edipo, creemos, que no se puede desconocer, que juega un papel esencial en las reediciones de la transferencia.

La transferencia, desde su primera definición en *La interpretación de los sueños*, es el establecimiento de un enlace por desplazamiento, interferido por la represión entre el deseo inconsciente infantil, y los sustitutos de los objetos originales prohibidos. En el sueño, el deseo se cumple al disminuir la represión con el dormir y acceder a los restos diurnos que representan a objetos de la actualidad que canalizan los impulsos preconcientes.

Pero, la transferencia, nos dice **Freud**, es un fenómeno universal, un fenómeno presente no sólo en los sueños sino también en todas las relaciones humanas.

La relación de los deseos inconscientes con los objetos de la actualidad se establece con sustitutos (como con los restos diurnos) mucho más mediada por estar esta relación rigurosamente observada por la represión de la vigilia. La transferencia, en cuanto fenómeno universal, explica que la conducta humana es en gran parte producto de las vicisitudes de los enlaces del deseo inconsciente reprimido con los representantes de los objetos. Cargas que se transfieren a un otro, preconciente, como en el sueño a los restos diurnos.

Esta amplia definición de la transferencia tiene a su vez sus limitaciones: **Freud** nunca dejó de referirla al deseo inconsciente infantil reprimido, por lo tanto de la libido objetal, neurótica, de catexis autoeróticas que, por estar sometidas a la amenaza de castración, no tienen acceso directo al objeto sino solo a sus sustitutos.

Este sentido universal de la transferencia sigue las contingencias de la vida, que enfrentará al individuo con el mismo objeto (u objetos), objeto contingente, expuesta siempre al retorno de lo mismo.

A este hallazgo de **Freud** le sucedió, en el caso *Dora*, el descubrimiento de un fenómeno específico del proceso, fenómeno al que denominó, con sentido restringido, transferencia. A partir de esta definición, la transferencia sólo se instala en el proceso analítico ante el surgimiento de la resistencia que escenifica el conflicto en el aquí y ahora de la relación.

**Freud** no parece haber reparado (o quizá no quiso considerar, o se conformó con incluirlo sólo como sugestión que emana de la autoridad) en lo que otros autores destacaron: que la transferencia -la primera- se instala con la iniciación del tratamiento o incluso antes del comienzo de éste, idea que quita a la transferencia ese carácter restrictivo, y que busca la explicación de cómo se instala y estabiliza, dándole un lugar previo y propio, separándola de las contingencias de una relación.

En muchos autores quedó reverberando una pregunta: ¿qué es lo que anuda al paciente al método y a la figura del analista? La teoría kleiniana desarrolló la conceptualización de la fantasía inconsciente, que considera el lugar del analista, desde el comienzo del tratamiento, como muy cercano al lugar del resto diurno del sueño. El analista, en palabras de **Meltzer**, “recolecta la transferencia”. Desde esta óptica, la situación analítica no difiere mucho de la del sueño, en la que el analista, al ubicarse en el lugar del resto diurno, centraliza la transferencia. Para **Lacan**, la transferencia se fundamenta y se estructura a partir de la regla fundamental: el paciente da por implícito que el analista tiene todas las respuestas a las asociaciones libres, lo que lo posiciona en el lugar de un supuesto saber que colma y estabiliza supuestamente la demanda (sujeto supuesto saber de **Lacan**).

Por mi parte consideraré otro desarrollo no estimado suficientemente para explicar la instalación de la transferencia: el posicionamiento del analista en el lugar del ideal del yo y por ende en el del ideal sexual, custodiado por la regla de abstinencia. Este lugar del analista responde a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que un paciente busca en un análisis? Parafraseando a **Freud**, se puede decir que el paciente que busca un analista “es aquel que ha perdido su autofilia, pero conserva una intensa aspiración a recobrarla”. Y, como en el tiempo de su prehistoria personal, desplaza su libido hacia un ideal del yo esperando así recuperar su perfección perdida. Agregamos, sin abandonar al autor: “De un ideal del yo impuesto desde afuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal”, (**Freud**, 1914).

A esta demanda, el analista responde ofreciéndose como un ideal, un objeto y una ley: la ley de la abstinencia. Como ideal del yo y como ideal sexual, auto-



observados por la ley de la abstinencia, la ley que debe vigilar la dialéctica del ideal, la pulsión y el objeto autoerótico. Es esto lo que el paciente encuentra.

El analista ocupa un doble lugar: como ideal del yo y como ideal sexual. La concurrencia de ambos lugares resuelve la instalación del proceso. Estabiliza y fija la transferencia. Encauza las aspiraciones del yo y las aspiraciones sexuales vigiladas por el método que, como un tercero, observa las relaciones del analista como ideal y como objeto (sexual).

El paciente desplaza su ideal en el analista. Este desplazamiento es propio de su condición humana. El paciente ha desplazado en otras ocasiones pero, en esta oportunidad, el desplazamiento será sostenido, capturado por las redes de la transferencia que el analista, como ideal y como objeto, le ofrece.

Aun a costa de repetirme, y para evitar cualquier equívoco, diré sintetizando, que el ideal del yo no es el superyo. Esta última instancia, (el superyo), no tiene capacidad para resolver el destino de las cargas incestuosas autoeróticas, porque es, justamente, su resultado. Es el precipitado de las identificaciones (secundarias) de dicha resolución. Es, precisamente, aquello que el paciente aún no tiene resuelto.

El analista, situado en el lugar del ideal posee todos los atributos de dicha función. Como ideal del yo restablece la relación del ser, directa, inmediata y anterior. El paciente aspira a recuperar la perfección, a ser lo que el analista supuestamente es (el método), para ser, siendo él, el otro, (ideal del yo, instancia del paciente) para recomponer, cuestionándose, la autofilia perdida.

El paciente se plantea desde su ideal del yo (instancia): “No quiero ser el que soy (sentimiento de sí, pérdida de la autoestima), quiero ser (aún no se puede hablar de tener), el que creo que usted es (desplazamiento de la libido narcisista sobre el analista, sobre el método), para desde mi mismo (desde el propio ideal del yo- instancia), cuestionar mis imperfecciones (ejercicio de la hetero-auto observación)”. Aquí, el analista como ideal es retomado como ideal del yo (del paciente) para renunciar (abandono de los objetos autoeróticos infantiles) y sublimar las pérdidas.

Leamos detenidamente la siguiente cita: “Según tenemos averiguado, la formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión”, (Freud, 1923).

El ideal del yo, dice Freud, “es la condición de la represión”. En el párrafo que acabamos de citar, esta

afirmación se refuerza: “La formación del ideal (...) es el más fuerte favorecedor de la represión”. Esto es tanto como confirmar que, en cuanto a instancia, es la instancia represora, porque en este periodo, el periodo preedípico no existe otra. Además “es la que reclama la sublimación”. En el código que estamos empleando, el ideal del yo exige al yo objeto autoerótico<sup>6</sup> el desprendimiento del objeto (represión) y reclama y encuentra la vía frente a lo reprimido para abandonar y decatectizar así la pulsión autoerótica (sublimación).

Esta dialéctica inicial que se entabla entre dos polos (paciente y analista) estará tarde o temprano interferida por otro circuito dialéctico: las aspiraciones autoeróticas del paciente dirigidas hacia el analista como objeto, como ideal sexual.

Ambas dialécticas se desenvolverán bajo la atenta mirada de la ley de abstinencia. La ley de abstinencia es lo contrario de lo anodino, es el motor que desencadena la exigencia de esos cambios. Es una ley pasiva que produce los cortes sin manifestarse activamente. Regula, observa, al analista como depositario de la investidura, tanto en su relación del ser como en su relación como objeto del autoerotismo.

Las transgresiones (de la ley) de las relaciones del ser del analista como ideal del yo son tanto o más importantes (en cuanto derivan de sus funciones) que sus relaciones como objeto. El analista puede perpetuarse en el lugar del ideal (autoidealización del analista) interrumpiendo la dialéctica, proponiéndose él como ideal, como una superestructura del paciente (pérdida del sentimiento de sí del paciente); puede ubicarse en el lugar de un ideal perfeccionista nunca satisfecho, que propugna metas inalcanzables (que provocan la caída de la autoestima del paciente). Puede alterar el juicio de realidad del paciente generándole confusión (función de juicio de realidad del ideal y de depositario de un saber).

En su papel de observador (autoobservación visto desde el paciente) puede señalar qué sitio ocupa el paciente en la relación con sus objetos, puede propender a aumentar el sentimiento de sí del paciente o anularlo, suplantándolo. Puede ubicar el ideal en el lugar del paciente paralizándolo toda evolución (yo ideal). O puede, en complicidad con el paciente, autorizar una identificación mimética de pseudo-madurez que distorsiona y produce pseudocuraciones.

Puede intercambiar los lugares con el paciente, propiciando el exhibicionismo, el voyeurismo, el sadismo, el masoquismo y, sobre todo, haciendo irresoluble el desenlace del complejo de Edipo en la interrelación con el otro circuito, el de la resolución

de la problemática de los deseos del paciente con el analista como objeto autoerótico.<sup>7</sup>

Es en las relaciones del analista como objeto de ideal sexual, donde se establece lo que **Freud** llama propiamente *transferencia*. La transferencia tiene su origen en aquellos deseos, inconscientes, infantiles, reprimidos, de libido objetual, mestizos (semiconscientes, semiinconscientes) que, por aumento de la carga, se inconscientizaron y fueron retomados como síntomas. **Freud** llama transferencia a una nueva relación que se establece cuando, frente a las resistencias del paciente, el recordar se silencia. “Se repite entonces para no recordar”, dice **Freud**, y se escenifica una dramatización del contenido autoerótico del síntoma (ahora con el analista objeto).

Entiendo aquí que la transgresión la realiza el analista cuando, ocupando el lugar del ideal del yo, se desliza al lugar del ideal sexual objeto, olvidando la ley de la abstinencia. El ideal del yo es la condición de la represión o de la perversión (asegura **Freud**), desviación esta última que sintetiza en la fórmula “el objeto se ha puesto en el lugar del ideal del yo”. (**Freud** 1921, pág. 107).

La ley de la abstinencia regula todas estas relaciones. La ley de la abstinencia consiste en saber que hay que ocupar esos lugares para dejarlos. El analista como ideal está situado como ideal del yo y como ideal sexual en las relaciones del ser y en las relaciones de objeto autoeróticas. El analista observa y se autoobserva, el paciente se sabe observado, observa y se autoobserva. Es en estos circuitos relacionales que se establecen en la transferencia cuando se ponen en juego en el examen de la realidad el examen de la realidad de los objetos del presente y del pasado, el sentimiento de sí, la autoestima del paciente.

La transferencia significará siempre --independiente del método al que nos acogemos-- pasaje por la castración, en el sentido más amplio del término. Será pérdida y elaboración de las catexis y de los objetos autoeróticos, fisión de la fusión: pasaje del ser al tener. Para **Freud**, el método más que aportar un saber desencadena una transmutación del yo de la pulsión.

En estos circuitos relacionales interactúan dialécticamente el deseo y el valor (los valores). ¿Por qué digo que interactúan los valores? ¿Acaso no es suficiente el deseo como explicación de la dinámica? Fue **Lou Andreas-Salomé** (1916) quien llamó la atención acerca de las relaciones del ideal del yo con los valores. Retoma a **Freud** cuando escribe: “A nuestro ideal del yo dedicamos ahora la autofilia de la que gozó el yo real en la infancia”.

El yo de la autofilia, no renuncia a ser él su propio ideal. El yo de la autofilia va renunciando a su self narcisista porque compara, porque valora. Se quiere ser lo que no se es por amor a sí mismo (desplazado al ideal), para recuperar la autofilia. El deseo de seguir siendo el ideal no responde al principio del placer (es más bien a su costa) sino al valor que recompone la autofilia. La idea del valor (“la perfección narcisista”) tiene que tener su propio lugar en la dinámica del desarrollo.

La comparación de los valores es el revulsivo que promueve en el yo el imperativo de desprenderse de partes de sí mismo. Atañe al sentimiento de sí, a la autoobservación, a la autoestima y a la sobrevaloración del ideal. Engendra una dinámica cuestionadora de sí, que es deseo de ser, y que, cuando existe un desenlace exitoso, hará más fuerte al yo, yo que se sobrepondrá al principio de placer. “La vida equivale a valor --dice **Lou Andreas-Salomé**--, sólo el valor es realmente vida”, (1916, pág. 144).

El dispositivo de la transferencia permite el interjuego de los valores y del deseo, mostrando ambos su cara positiva y negativa, y es la ley de la abstinencia la que los define. La dinámica de la libido narcisista es recurrentemente abierta al ideal, poderosa porque forja el destino, cabalgando siempre sobre el deseo autoerótico, y que responde a las influencias (a veces incontrolables) de Eros y de Tánatos.

## 5. La transferencia y la patología narcisista

El concepto de transferencia, tal como estableció **Freud**, quedó limitado a la transferencia de libido objetual, dejando un vacío en el desarrollo de la teoría de la técnica de los trastornos narcisísticos.

**M. Klein**, partiendo de su propio esquema referencial (el narcisismo es siempre secundario), allanó el camino de la investidura narcisista por medio de la identificación proyectiva (1946). La IP abrió el acceso a las psicosis pero a costa de la disolución de la teoría del narcisismo en la teoría objetual.

Retomar la transferencia remozando el papel del ideal del yo reubica el proceso terapéutico en los mismos términos en que se desarrollaron los desprendimientos que culminaron con la resolución edípica. El papel del ideal del yo abarca lo preedípico (lo narcisístico) y lo no resuelto del complejo de Edipo (lo neurótico).

El ideal del yo es un depositario original de las relaciones del ser y por su otra cara, abierta a la cultura, es el que vehiculiza la represión y el mundo





exterior. Asimismo, como ideal sexual es el depositario original de las investiduras autoeróticas (de completud, incestuosas).

Es en este sentido cuando el ideal del yo es el puente que restablece las transferencias, desde lo narcisístico a lo objetal neurótico o normal. El ideal del yo es la instancia (la primera), que como columna principal sostiene lo narcisístico en sus transmudaciones objetales, desdibujándose en este pasaje, hasta quedar --lo mismo que el terapeuta-- sólo como una referencia.



**Jorge R. Aragonés**  
Doctor Carulla, 60 4ª 3º  
08022 Barcelona  
Teléfono: 93.211.06.31

## Notas

1. Este trabajo reproduce los capítulos 8 y 27 --con algunas notas aclaratorias-- de un libro en vías de publicación.

2. Corresponde a una cita del *Malestar en la cultura*. Dice así: "En un comienzo el yo lo incluye todo, luego desprende de sí un mundo exterior". "Nuestro sentimiento yoico de hoy es sólo un comprimido resto de un sentimiento más abarcador --que lo abrazaba todo, en verdad--, que correspondía a una atadura íntima del yo con el mundo circundante".

3. La libido narcisista no pertenece a las formaciones del inconsciente ni del ello. En todo caso, se puede pensar que las antecede y que interviene en la gestación de éstas. Las estructuras del inconsciente y del ello tienen tantas semejanzas con las características que la libido narcisista le imprime al yo inicial, que se puede pensar que son sus herederas: la atemporalidad, la negación de la muerte, la falta de contradicción, la indiscriminación sujeto-objeto, la indiscriminación de los sexos, la intercambiabilidad de las partes que hace posible todos los *tropos*. Desplaza *lo mío en lo tuyo y lo tuyo en lo mío* y puede condensar en un uno el todo. Estas semejanzas hacen pensar más en la reconversión de una matriz, que en una reliquia superada de nuestro pasado filogenético.

4. La libido narcisista como fuerza del desarrollo fue descrita, especialmente por H. Kohut y por Gillis S. de Fokks.

5. La pérdida traumática del pecho desgarró la unidad dual representada por el agujero negro en el rostro del bebé, como nos lo muestran los dibujos presentados por F. Tustin. Este agujero negro corresponde en la clínica a lo que denominaríamos desrealización o pérdida de la realidad (retracción de la libido con partes del yo) y despersonalización, cuerpo troceado, (retracción que arrastra partes indivisas del yo monádico).

6. Término que empleo para designar la unidad dual en el tiempo del autoerotismo. La pulsión en el tiempo en el que el yo no reconoce al otro sino como parte del sí mismo es autoerótica.

7. Si utilizo el término autoerótico, es con el fin de ampliar el marco de una definición de transferencia que encuentro muy restringida. La definición clásica se detiene sólo en el procesamiento de la libido objetal y olvida el procesamiento de la libido narcisista que se satisface en el cumplimiento del deseo autoerótico que busca la completud.

## Bibliografía

**Andreas-Salomé, L.**, (1916), *Anal y sexual*, Tusquets Editores, 1982.

-(1921), *La doble dirección del narcisismo*, ibid.

**Aragonés, R. J.**, (1975), *Narcisismo y sincretismo, dos teorías complementarias*, Revista de Psicología, 1975, 3.

-(1978), *Los instintos de vida y muerte y su relación con el narcisismo*, ibid, 1978, 6.

**Bleger, J.**, (1967), *La ambigüedad en la clínica psicoanalítica*, Paidós, 1967.

-(1971), *Ambigüedad. Un capítulo de la psicología y la psicopatología*, en *The World Biennial of Psychiatry and Psychotherapy*.

**Cukier, J.**, (1990), *Patología de la didactogenia*, Revista de Psicología, 1990.

**Etchegoyen, H.**, (1986), *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu ed. Buenos Aires.

**Ferenczi, S.**, (1913), *Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad*, Revista de Psicología, 1947/48, 3.

**Freud, S.**, (1911), *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico*, ibid. vol. XII

-(1914), *Introducción del narcisismo*, vol. XIV.

-(1919), *Lo ominoso*, ibid, vol. XVII.

-(1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, ibid, vol. XVIII.

-(1923), *El yo y el ello*, ibid, vol. XIX.

-(1930), *El malestar en la cultura*, ibid vol. XXI.

**Khan, M.** *Entre el ídolo y el ideal*, Revista de Psicología, 1979, 6

**Lagache, D.**, (1958), *La psychanalyse et la structure de la personnalité*, La Psychanalyse, París.

**Spitz, R. A.**, (1965), *El primer año de vida*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

**Tustin, F.**, (1969), *Autistic Processes*, J. Child Psychoth., 2, n° 3

-(1977) *Autismo y psicosis infantiles*, Editorial Paidós, 1977.

**Wallon. H.**, (1942), *Del acto al pensamiento*, Editorial Lautura, Bs. As., 1965.

-(1945), *Los orígenes del pensamiento en el niño*, Bs. As., Nueva Visión, 1976.

